

que yo, os pueden servir para tomar el punto de las meditaciones, y de esta manera ireis recorriendo poco á poco todos los misterios de la pasion de Jesucristo. Pero no sea esto todo; haced, además, en esos días, en honor de la misma pasion, algun acto particular de penitencia, aunque sea muy pequeño, si no os permitiesen otra cosa vuestras fuerzas. El privaros en la mesa de un manjar que os agrade; el omitir una visita que os sería muy grata; el obedecer con gusto á vuestra madre en alguna cosa que repugna vuestra voluntad; el guardar un silencio particular ese día y otras muchas prácticas que inventará vuestra piedad, os pueden servir de ofrenda para honrar la pasion de Nuestro Señor Jesucristo. Yo conozco un alma, amadas hermanas, que practica todo lo que os he dicho, y en verdad que á eso debe sus adelantos en el camino de la salvacion. Ahora, pues, ya que todo este día habeis meditado la sacratísima pasion del Salvador; ya que vuestro corazón se ha desecho en lágrimas de gratitud y de amor por tan grandes beneficios, ¿qué os resta sino postraros á los piés del Crucificado, regarlos con vuestro llanto y pedirle perdon por vuestras culpas? Hacedlo así, y aprovechándoos en esta vida del fruto de sus dolores, podreis un día gozarlo en la sublimidad de sus glorias.—Así SEA.

SERMON

QUE EN LA
SOLEMNNE FESTIVIDAD

DE JESUCRISTO CRUCIFICADO

BAJO EL TITULO

DEL SEÑOR DEL ENCINO

PREDICÓ EL SR. CURA
DE SAN PEDRO PEDRAGORDA

DON TIBURCIO MEDINA

Oblatus est quia ipse voluit.

El se ofreció porque El mismo lo quiso.

Isaias, cap. LIII, v. 7.

ILLMO. Y RMO. SEÑOR:

Una vez más, carísimos oyentes, me cabe el honor de dirjiros la palabra, desde la cátedra del Espíritu Santo, en la presente festividad: de nuevo vengo á inspirarme en vuestra piedad edificante y fervorosa y á participar de vuestro sagrado entusiasmo, al celebrar los cultos solemnes de la venerable imagen de Jesucristo Crucificado, bajo el titulo del Señor del Encino.

Hoy resuena este magnifico templo con las alabanzas de nuestro amable Redentor, y vosotros, recordando la

lluvia prodigiosa de divinas gracias y de favores, que os ha concedido, derramáis tiernas lágrimas de amor y gratitud delante de esos altares, magnificando su bondad inefable y ensalzando hasta los cielos sus grandes misericordias.

¡Bendito sea! y en alas de la fe divina suban nuestros votos hasta la altura de su trono, hasta el sòlio que allá sobre el empuje le forman la estrellas (1), donde está sentado á la diestra de Dios Padre, radiante de gloria y majestad. ¡Bendito sea! y reciba el justo y el solemne tributo de accion de gracias, que hoy le ofrecemos por el inestimable presente que se dignó hacernos en esa sacratísima escultura, donde nos dejó un recuerdo vivo y precioso de aquel amor inmenso, que incluyó los cielos para traerlo á la tierra; que en las entrañas purísimas de María Virgen lo vistió de nuestra carne; que por el camino de los padecimientos y de las lágrimas, de los tormentos y de la sangre, lo llevó hasta el Calvario, sobre cuya cima, pendiente de tres clavos en una cruz, quiso sacrificarse voluntariamente por nosotros, hasta exhalar el último suspiro. ¡Exceso inconcebible de amor! ¡abismo insondable de misericordia y de bondad!

El Verbo Divino, que hace en las alturas las delicias de los ángeles y la alegría del empuje; el mismo que en la plenitud de la eternidad nace unigénito del Padre *in splendoribus sanctorum* en medio de los esplendores de su inefable santidad (2), es el que, cercado por todas partes de las negras sombras de la muerte y hecho el hombre de los dolores y de los tormentos, se sacrifica voluntariamente y derrama toda su sangre para obrar nuestra redencion, ofreciéndose á sí mismo de una vez y para siempre, víctima inocente y preciosa del amor divino: de aquel amor infinito con que antes de todos los siglos ama la gloria de Dios; de aquel amor grande é incomprensible con

(1) Sant. Mat. Eocl. Off. Parv.

(2) Ps., 109, v. 4.

que desde su venida al mundo, amó á los hombres, en los treinta y tres años de su vida.

Sí, Jesucristo, así en su vida, como al morir crucificado, es la víctima de la santa caridad (1). Hé aquí el pensamiento, que como materia de este discurso, me propongo desarrollar.

Mas, yo siento mi alma íntimamente conmovida, y no sé si abrir mis labios, ó sellarlos con el silencio más profundo, á vista del grande misterio de nuestra redencion. No solo faltan á mi lengua las palabras para hablar del amor de Jesucristo, sino que tambien á mi alma le faltan pensamientos, y sentimientos á mi pobre corazon. Más ¡oh Dios mio! á tus ojos está patente mi grande miseria, y bien puedes ¡oh Señor! quitar de mí este corazon de piedra y darnme un corazon sensible, un corazon á la medida de tu corazon santo, para que admire y ensalce la hermosura y finezas de tu amor.

¡Espíritu divino, fuente inagotable de gracia, fuego sagrado del cielo, manda sobre mí una centella que ilustre mi entendimiento y abraze mi alma, así como los corazones de mis oyentes, en el amor de Jesucristo Crucificado! Esta gracia imploro de tu bondad, interponiendo los méritos de la que es aclamada Madre del amor Hermoso y tu amabilísima Esposa la Virgen María, pues humildes y reverentes saludamos con el ángel: AVE MARIA.

Oblatus est, etc.

Jesucristo es amor, y éste es el atributo más grande de la gloria del Dios Hombre, el título más sublime de su Majestad y la expresion más alta de su grandeza. “Mi ama-

(1) S. Mater Eocl. in off. Sac. Cord. Jesu.

do, decía la inspirada esposa de los cánticos, es cándido y rubicundo, escogido entre millares (1), mi amado es para mí y yo para él, que apacienta entre los lirios, y que á la mitad del día, viene á sestar bajo la sombra de los manzanos: El es semejante á la corza y al enodio de los ciervos, sobre los montes de Béter. ¡Ah! sí: El es todo amable, todo desiderable: El es todo amor." *Totus amabilis, totus desiderabilis* (2).

Con el Padre y el Espíritu Santo, en la unidad simplísima y absoluta de la divina Esencia, es la caridad misma, porque Dios es Caridad, dice el apóstol San Juan (3).

Amor infinito, que en los años interminables de la eternidad, jamás extingue sus fuegos; y su luz inaccesible no se nubla ni sufre eclipse; y su bondad suma jamás agota sus fecundísimos raudales de gracia y felicidad.

El es aquel mismo Señor, que en la dilatada série de cuatro mil años, desplegaba su terrible grandeza á la faz de las naciones, para ser temido y adorado, como el Dios de la justicia y de las venganzas; de los combates y de las victorias; del rayo y del torbellino; mas al descender á la tierra para hacerse Hombre y vivir entre los hombres, quiso ser aplaudido y adorado como Dios del Amor.

Si bajo el velo de nuestra carne, esconde los resplandores de su divina gloria, que oscurecen al astro del día; si parece humillar su poder y abatir hasta el polvo su Majestad, sujetándose generoso á la humana condicion, es solo para exaltar á su amor sobre todos sus otros atributos, es solo para que sobre las sombras de la humanidad que ha tomado, resalten los destellos brillantísimos de su inmensa caridad.

Su descenso de las alturas del empirico, así como la misión sagrada que su Padre le confia, al enviarlo á la tierra; el precepto que le impone de morir para redimirnos, así como su predestinacion para ser el primogénito de los

- (1) Cant. cant., c. V, v. 10, c. II, v. 17.
- (2) Cant. cant., c. V, v. 16.
- (3) S. Joan., c. IV, v. 8.

muerdos (1); y, en suma, todos los misterios que abraza en su plenitud el plan divino de la humana reparacion, son otras tantas maravillas de la caridad de Dios á los hombres.

El inefable Sacramento de la Encarnacion, oculto, como dice el Apóstol (2), en el seno de Dios, desde antes de todos los siglos, ¿qué otra cosa es sino una obra magnífica del amor divino? El Espíritu Santo, amor comun é indivisible del Padre y del Hijo, se reserva la gloria de ser el Hacedor, si me permitís esta expresion, de este altísimo misterio: parece esconderse dentro del vientre virginal de la Inmaculada, y allí escoger, de sus inocentes entrañas, aquella sangre rica y preciosa que El mismo por operacion secretísima, une á la Divinidad al formar el Sagrado Cuerpo del Redentor. Y María, abrasada en los incendios de tan grande amor, al sentir dentro de sí tal prodigio, concibe al Divino Verbo, declarándose la humilde esclava del Señor (3).

¡Oh amor! ¡oh amor divino! ¡qué grande eres! ¡qué prodigioso, qué inefable, qué infinito! Aquí, hermanos míos, yo debo hablar con un trasporte de júbilo, yo debo exclamar con el Apóstol (4): ¡Oh alteza inaccesible de las riquezas de la sabiduria y de la ciencia de Dios, cuya naturaleza es bondad, cuya voluntad es poder y cuyas obras son misericordia! (5)

Y el vientre de María es el primer santuario que dedica el Hijo de Dios humanado, es el primer altar que consagra para ofrecerse al Eterno Padre en el mismo instante de su milagrosa concepcion, como una hostia inmaculada para la salvacion del humano linaje.

Escuchemos la primera fervientísima oracion con que esta víctima santísima se ofrece (6) envuelta todavia en

- (1) S. Paul. Heb., cap. I, v. 6, et ad Rom., c. I, v. 4.
- (2) Id. ad Efess., c. III.
- (3) Luc., c. I, v. 38.
- (4) S. Paul. ad Rom., c. XI, v. 33.
- (5) S. Leo. Sermon. 2.º de Nativ.
- (6) Ps. 39, v. 7, 8, 9. et S. Paul. ad Heb., c. X, v. 5.

las telas del materno seno: "Padre mio, tú no has querido ya la hostia ni la oblation que te presenta el hombre; has alejado de tí el tumulto de sus cánticos y cerrado tus oídos al sonido de su lira; aborreciste las festividades de la Nohemia y del Sábado; pero tú me has apropiado este cuerpo, y entonces dije al hacer mi primera entrada en el mundo: Hé aquí que vengo ya en el encabezado del libro de tu Testamento, escrito está de mí que he de hacer tu voluntad; tu ley he dicho, ¡oh Dios mio! en medio de mi corazón." Ley de sacrificios, ley de misericordia, ley de amor.

Y cuando victima tan admirable nace del Sagrario de la Virgen (1), valiéndome de la hermosa expresion de la Iglesia, un pesebre es el primer palacio que escoge el Dios niño para hospedarse al llegar á este valle de miserias. En ajeno domicilio, recostado sobre pajas, llora y sufre, y aquellas ardientes lágrimas que derrama y las quejas que exhala su tierno corazón, son las primeras que ofrece á Dios para redimirnos. ¡Jesus mio! llorando hiciste tu entrada en el mundo, y con lágrimas y sacrificios inauguraste tu vida entre nosotros, y aquella sangre que derramaste al ser circuncidado, fué la primera que desde la tierra clamó al cielo misericordia para los nacidos, misericordia para los culpables y proscritos.

Por el espacio de treinta años estuvo alejado del comercio y de las miradas de los hombres, y su vida oculta, reducida á la más extrema pobreza, fué llena de trabajos y de sufrimientos, porque si las aves del cielo, decia su Majestad, tienen sus nidos y las raposas sus cuevas, el Hijo del Hombre (de quien es la plenitud del universo) (2) al venir al mundo, no tiene un palmo de tierra donde pudiera descansar su planta, ni una piedra donde reclinar su cabeza (3). Y así vive en tan penosa situacion, hasta la hora marcada por los eternos consejos, en

(1) Mater Ecll. in OE. Div.

(2) Pa. 33.

(3) S. Matt., c. VI, v. 20.

que habia de manifestar al mundo su angusta persona, rodeada misteriosamente de todos los atributos de la divinidad y de la grandeza.

Y da principio á su mision de amor convirtiendo el agua en vino en las bodas de Canaan de Galilea (1); y este primer milagro, que trajo sobre él la admiracion de aquel pueblo, fué el primer eslabon de la cadena no interrumpida de sus maravillas y portentos, pareciendo en cada uno de ellos que desplegaba toda la gloria de su grandeza y agotaba los recursos infinitos de su omnipotencia.

Sola su adorable presencia humilla las olas levantadas de un mar enfurecido (2), y cuando camina sobre las aguas, éstas, atónitas é inmóviles, lo sostienen. Al imperio de su voz, las fiebres dejan sus ardores y los paralíticos el lecho de su postracion y de sus dolencias; los demonios el cuerpo y las entrañas de los posesos, y lo que es más, despues de cuatro dias la muerte devuelve vivas á sus victimas del mismo seno del sepulcro (3). Con solo cinco panes da de comer hasta la saciedad á cinco millares de hombres, y para que á los incrédulos no pareciera ilusorio este prodigio, manda, pasada la comida, recoger seis canastos de fragmentos y de migajas (4).

Y en el orden de la gracia, ¿no son más admirables y estupendas las obras de su misericordia y de su amor? ¡Con cuánta dulzura y sencillez recibe á los pecadores cuando llegan á sus plantas y les perdona sus pecados! "Anda en paz, (5) decia á alguno, no quieras más pecar, "porque pueden sobrevenirte mayores males." Convierfe con sus palabras á una pobre samaritana (6); absuelve á la mujer adúltera (7), y confunde á sus enemigos que

(1) Joan., c. II.

(2) Id., c. VI, v. 15.

(3) Id., c. XI.

(4) Id., c. VI.

(5) Id., c. V, v. 14.

(6) Id., c. IV, v. 9.

(7) Id., c. VIII, v. 11.

estaban preparados para quitarle la vida. Y ¿quién no se conmueve cuando perdona á aquella otra mujer pecadora que, arrodillada, baña de lágrimas sus piés, enjugándolos con sus cabellos? (5) “Se le han perdonado muchos pecados, decía, porque también ha amado mucho.” ¿Quién permanece insensible, cuando para consolar á las afligidas hermanas de Lázaro, llora amargamente sobre su sepulcro antes de resucitarlo? (6) Pero ¿cómo pudiera yo deciros todo lo que obró para nuestro bien, cuando El todo respiraba divinidad y omnipotente virtud? ¿Cómo pudiera numerar todos los milagros de su amor, si según el testimonio evangélico de San Juan, fueron tantos y tan grandes, que si se escribieran y pudieran coleccionarse en libros y volúmenes, el universo mundo sería un local muy reducido para formar la biblioteca? (3)

El es objeto digno de la admiración de todos los pueblos; en pos de sí lleva siempre inmensa multitud por donde quiera que transita; los enfermos lo esperan impacientes á la mitad de los caminos; los cojos para seguirlo, los sordos para escuchar su predicación nueva y divina, y los ciegos, con solo sentir su presencia, se prometen ver con ojos limpios la luz del día y la hermosura del cielo. Una mujer apresurada se abre paso por entre las turbas (4) para tocar la orilla de su vestido y quedar sana; y los leprosos, y los hidrópicos, y los lunáticos, y los paralíticos (5); en las aldeas, lo mismo que en los poblados, desean con ansia su visita para recibir la salud, porque El los sanaba á todos: *Et sanabat omnes* (6). Los campesinos suben á los árboles para mirarlo cuando va por el camino, y si llega á las ciudades, la multitud lo recibe, los ancianos, las mujeres y aun los niños quieren ir cerca de

- (1) S. Luc., c. VII, v. 37.
- (2) Joan., c. XI.
- (3) Id., c. XX, v. 30, 21 y 25.
- (4) Matt., c. IX, v. 20.
- (5) S. Luc., c. XIV.
- (6) Id., c. VI, v. 19, et Matt., c. VIII.

él; las turbas que lo acompañan ciñen los muros de la casa que lo hospeda, y aun se levantan los tejados para descolar á su presencia los enfermos (1). ¿Quién es éste, se preguntaban atónitos los unos y los otros, quién es éste á quien obedecen los vientos y los mares? (2) Dos discípulos de Juan se presentan á El diciéndole: “¿Tú eres el que has de venir ó tenemos que esperar á otro?” (3) Y El les responde: “Id y decid á Juan lo que habeis visto; que los ciegos ven, que los sordos oyen, que andan los cojos, y que los pobres son evangelizados.” Sus enemigos, por otra parte, también se preguntaban: ¿No es éste el hijo del carpintero? (4) Las turbas, entre tanto, le bendecían como á un profeta (5), que se había levantado en aquel pueblo, y en cierta ocasión quisieron arrebatarlo ocultamente para hacerlo su rey (6); mas El desapareció de entre ellos y huyendo se internó en el monte.

Tan grande era el entusiasmo que excitaba en todas partes la multitud y grandeza de sus milagros; pero esto no obstante, su divinidad era un enigma para aquel pueblo, y su amor un problema que no acertaron á resolver. El velo que en otro tiempo, dice el Apóstol (7), les impedía ver el rostro centellante de Moisés, cuando bajaba del Sinaí, ese mismo no les permite ver en Jesucristo á su Mesías prometido, que estaba figurado en todos los patriarcas del Antiguo Testamento y cuya milagrosa vida estaba descrita aun millares de años antes por los profetas. Mas su divinidad debía de manifestarse de un modo más admirable á los ojos de aquel pueblo ingrato para hacer inexcusable su ceguera y dureza de corazón; y Juan Bautista, aquel hombre extraordinario que sin cesar clamaba en el desierto la penitencia y la aproximación

- (1) Luc., c. V, 19.
- (2) Matt., c. VIII, v. 27.
- (3) Id., c. XI.
- (4) Id., c. XIII, v. 55.
- (5) Id., c. XXI, v. 11.
- (6) S. Joan., c. VI, v. 15.
- (7) Apost. ad corint., c. III, v. 13, 14, 15 y 16.

ción del reino de los cielos; Juan Bautista, el mayor entre los nacidos de mujer (1), el profeta (2) y más que profeta (3), según el divino testimonio, cuando estaba bautizando del otro lado del Jordán, declaró solemnemente su divinidad, así como su infinito amor á los hombres, y señalándolo dijo: *Hé aquí el Cordero de Dios: hé aquí el que quita los pecados del mundo* (4).

Carísimos oyentes: Os parecería, sin duda, al escuchar la narración de los milagros de nuestro Salvador, que me había olvidado, ó al menos alejado bastante del asunto, pero perdonad, y permitidme el deciros con el Bautista, señalándoos esa imagen bendita de Jesús Crucificado: Hé allí el Cordero de Dios, hé allí al que quita los pecados del mundo.

Pasaré en silencio las burlas, desprecios y ultrajes que ántes de ser crucificado sufrió Jesucristo, así como las afrentas y atrocidades ejercidas en su sacratísima persona, y me trasladaré con vosotros al monte de la mirra, el collado del incienso (5), sobre cuya cima ensangrentada se levanta colgado de un madero infame el Dios de la misericordia y del amor: está colocado entre los cielos y la tierra como mediador supremo entre Dios y los hombres (6).

Derramad vuestro corazón deshecho en lágrimas al contemplar el triste y conmovedor espectáculo que ofrece la fe divina á los ojos de vuestra alma. Trillado y exprimido fué en el lugar de los tormentos (7) aquel escogido racimo de nuestra vida, riquísimo fruto del vientre de una Virgen. Está eclipsado con las sombras de la muerte, el Sol divino de justicia, la Luz verdadera que

(1) S. Luc., c. VII, v. 28, et Matt., c. VI, v. 11.

(2) S. Luc., c. I, v. 76.

(3) S. Matt., c. IX, v. 9.

(4) S. Joan., c. II, v. 29.

(5) Cant. cant., IV, 4, 6.

(6) S. Pau., I, ad Timot., c. II, v. 5.

(7) Isaías, c. LXIII, v. 3, et Theoc., c. I, v. 15.

ilumina á todo hombre que viene á este mundo (1). Descuadernado está por las manos de los pecadores aquel libro misterioso (2), que con tan esmerado empeño formó, y compaginó el Espíritu Santo en las entrañas de María. Muerto está ya el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo; la víctima preciosa de la caridad, ha consumado su sacrificio: ved empañados con su sangre aquellos ojos que eran dulces estrellas de esperanza para los buenos, y cuyas miradas eran también centellas encendidas que herian el corazón de los malos (3); ved denegrido aquel rostro en el cual anhelan mirarse los mismos ángeles (4); cerrados aquellos labios de donde manaban dulces raudales de consuelos; lacerado aquel pecho, sagrario de los eternos secretos y depositario de tantas gracias; traspasadas las manos que á nadie hicieron mal, sino que obraron portentos para bien de todos, y con vinculos férreos fijados en la Cruz aquellos pies que corrieron sin descanso por tan difíciles cuanto durísimos caminos en pos de la oveja descarriada.

Verdaderamente puedo decir con el profeta Isaías: El llevó sobre sí todas nuestras iniquidades (5). Sobre sus espaldas, decía David, han fabricado los pecadores (6) que promulgaron sus pecados. Padre Eterno, ¿éste es el Hijo en quien tienes todas tus delicias? (7) ¿éste es el mismo á quien allá sobre el Tabor hiciste resplandeciente con la claridad de tu gloria? (8) Pues ¿por qué lo hieres en tu furor? ¿por qué no le perdonas el que lleve nuestra figura y se halla vestido de nuestra carne? El es inocentísimo y santo; pues ¿por qué lo ciñes por todas partes con el azote de tu indignación? ¡Ah, hermanos

(1) Joan., c. I, v. 9.

(2) S. Joan Damasc.

(3) Terbul. de Paciencia. Lib.

(4) S. Petr., c. I, v. 12.

(5) Isaías, c. LIII, v. 11.

(6) Psa. 128, v. 3.

(7) S. Matt., c. XVII, v. 5, et c. 3, v. 17.

(8) Id., ,, ,, v. 2.

míos! le hiere por los pecados de su pueblo (1); y por el amor grande que nos tiene, lo entrega á los tormentos y á la muerte (2).

¡Escena sangrienta del Calvario! decidnos las sentidas quejas y los últimos gemidos y amargos ayes de la víctima inocente que murió sobre la cruz; pero, ¿qué digo? ¿que se queja el cordero delante del que lo despoja de la lana que lo abriga? ¿que gime la oveja cuando es llevada al lugar del sacrificio? ¡Ah! No; pues así como enmudece el cordero delante del que lo trasquila y la oveja camina en silencio al sacrificio, así, dice el profeta Isaías (3), Jesucristo se sacrifica porque El mismo lo quiere, y no permite á sus lábios una sola queja, ni á su corazón exhalar un suspiro que den el menor signo de resistencia á los tormentos y á la muerte. El excesivamente nos amó; conoció nuestras miserias, y registró dentro de nosotros mismos las heridas y llagas de nuestra alma, y enumeró nuestras desgracias todas, y en las desgracias y en los infortunios del objeto amado, el amor, cuanto más puro y ardiente, anhela más y más saciarse de amargura y halla cruel consuelo en hartarse de dolor. Como en un mar revuelto las olas se encadenan, y volando, chocan las unas con las otras, hasta formar terrible tempestad; así los tormentos y los dolores y las angustias mortales, se hacinaron todas en el corazón de Jesucristo, hasta que exhaló el último suspiro sucumbiendo por nuestro amor y solo por nuestro amor. David colocaba en sus labios estas palabras: “Yo mismo llegué hasta la altura del mar y me envolvió la tempestad.” *Veni in altitudinem maris et tempestas demersit me* (4).

¡Sí; El se sacrificó porque El mismo lo quiso. El escogió la Cruz, dice San Agustín, para que fuera el lecho doloroso de sus agonías y de su muerte (5). ¿Quién otro hu-

- (1) Isaías, c. LIII, v. 8.
- (2) S. Pau. ad. Rom.
- (3) Is., cap. LIII, v. 7.
- (4) Ps. 68, v. 3.
- (5) S. August.

biera podido quitarle la vida si El no hubiera querido? Allí en el huerto dijo á Pedro: “Vuelve tu espada á la vaina: ¿qué no puedo yo rogar á mi Padre y El mandaría luego en mi defensa más de doce legiones de ángeles? (1)” “Yo puedo, decía El otra vez, destruir este templo y en tres días de nuevo reedificarlo (2), yo dejo mi alma y luego vuelvo á tomarla, pues tengo poder para dejarla y poder para tomarla de nuevo: nadie puede quitarme la vida.” *Nemo tollit eam á me* (3). Asombrado el grande obispo de Hipona de tan libérrima y generosa voluntad con que quiso morir nuestro Redentor, decía: “¿Quién así durmió cuando hubo querido, como Jesucristo murió cuando quiso? ¿quién tan fácilmente dejó su vestido como Jesucristo, que cuando quiso dejó su sagrado cuerpo?” *Quis ita dormit quando voluit* (4). Ni los tormentos, pues, ni los dolores, ni los verdugos, ni la efusión completa de su sangre, ni los clavos, ni las espinas, ni la cruz, pudieron quitarle la vida, solo el amor.

El amor es tan fuerte como la muerte, dijo el sábio, y la emulacion estan dura como el mismo infierno (5). Veamos, pues, en la cruz esa emulacion durísima y esa lucha terrible del amor y de la muerte.

La muerte es nuestra y el amor es de Dios, ¿de parte de quién quedará la victoria? Las armas de la muerte son los dolores y los padecimientos; los clavos, las espinas y la cruz; las armas del amor es el fuego divino: la muerte abre las llagas y las heridas, y las enrojece con la sangre, y el amor las enciende con sus llamas; la muerte cubre de heridas la cabeza, las manos y los pies de Jesucristo, y estas mismas son otras tantas rosas encendidas con que lo viste el amor, porque ¿qué otra cosa son esas incontables llagas, sino flores de sangre, dice el tierno San Bernardo, señales imborrables de la ardentísima ca-

- (1) S. Matt., c. X, v. 12.
- (2) Id., c. XXVI, v. 61.
- (3) S. Joan., c. X.
- (4) S. Aug. Frac. 119 in Joan.
- (5) Cant. cant., c. VIII, v. 6.

ridad de Jesús? (1) ¿qué son, oh Dios mío? te diré con el profeta Zacarías, esas llagas en el hueco de tus manos (2), ¿qué otra cosa son sino señales de tu amor inmenso? ¿qué otra cosa son sino amor las llagas de tus lastimados pies? ¿qué es la herida de tu pecho adorable, sino el último y más grande signo de tu amor? Todo El inspira amor, dice la Iglesia Santa (3), su cabeza inclinada, sus manos extendidas y su costado abierto. *Omnis figura ejus amorem spirat: caput inclinatum, manus expansae, latus vulneratum.* Si inclina la cabeza, la inclina antes de morir, dice el contemplativo Crisóstomo (4), pues muere por nuestro amor; si abre los brazos, es porque nos ama y para estrecharnos en signo de eterna amistad; y si tiene su costado abierto, es porque su amor sacó hasta la última gota de sangre, para que de allí manaran, como de la otra piedra herida por la vara de Moisés, los raudales inagotables de su misericordia (5). Y el amor sigue viviendo en ese cuerpo muerto, pero divino; ¿dónde está, pues, ¡oh muerte! tu victoria? ¿dónde ¡oh infierno! está ahora tu aguijón? (6) Triunfó el amor que despojó al infierno y destruyó la muerte, porque esa cabeza, cercada de espinas, será coronada de honor y de gloria (7); esas manos traspasadas empujarán el cetro del poder (8) y llevarán el asta de los triunfos inmortales; esos hombros llagados cargarán el principado de los cielos (9), y en su real vestidura será escrito el lema de la grandeza. Rey de los reyes y Señor de los señores (10), pero ¿qué digo? si Jesucristo ya reinó desde la cruz. ¡Oh bondad, oh misericordia, oh amor! Pueblos todos de las extremidades del or-

(1) D. Bernard. Serm. de Pass. Dom.

(2) Zac., cap. XIII, v. 6.

(3) Off. Div. Fest. asp. Dolor. B. V. M.

(4) Hom. 84, sup. Joan. cap. XIX.

(5) Id. S. Aug. Frae. 120 in Joan.

(6) D. Pau. ad Cor. 15. 55.

(7) Ps. 8, v. 6.

(8) Isaías. LXIII, 3.

(9) Id., id., IX, v. 6.

(10) Div. Pau. Ad. Tim., c. VI, v. 14 et Apoc. S. Joan, XIX, 16.

be, arrojad gritos de alegría (1), porque el Señor ha reinado ya; decid en las naciones que Jesucristo, como lo había cantado el Profeta (2), ha reinado desde la cruz; que la Cruz es el trofeo de su fortaleza, es el trono de su amor, es el altar de su gloria.

El, dice San Agustín, se hizo por nosotros en la Cruz vencedor y víctima, y por esto vencedor, porque fué víctima; sacerdote y sacrificio, y por esto sacerdote, porque fué sacrificio: Rey y siervo obedientísimo y porque se sujetó hasta la muerte más ignominiosa, por esto reina desde la cruz (3).

Dios lo exaltó por su humildad y obediencia, y le dió un nombre que es sobre todo nombre: de manera que al nombre de Jesús se arrodillan los cielos, la tierra y los infiernos (4). Dios lo exaltó resucitándolo de entre los muertos (5) y le restituye la perfección y hermosura de su cuerpo; y entonces aparece limpia y serena su frente, vivos y alegres sus ojos, rosadas sus mejillas, purpúreos sus labios; todo limpio y tan resplandeciente como el sol que sale de entre las nubes de la tempestad. Solo se registran en El las señales gloriosas de su amor; las llagas que con ardor deseaba ver aquel discípulo para creer en su resurrección y adorarlo como á su Dios y á su Señor, las mismas que nuestro amable Redentor le manifiesta diciéndole: "Mira, Tomás, que yo soy el mismo, introduce tu dedo en los agujeros de mis manos y de mis pies, "y tu mano en la herida de mi costado, y nó más seas "incrédulo, sino fiel (6)."

Y esta gloria erece inmensamente y toma nuevo y escogido brillo, cuando á los cuarenta dias, cerrado ya el tiempo que debía vivir con los hijos de los hombres, desde la cima de un monte, vestido de luz y de hermosura

(1) Frase de Fenelon en el sermón de la Epifanía.

(2) Bibl. Polyglot. versio LXX, ps. 95, v. 9.

(3) Aug., lib. 10. Conf. c. 43.

(4) S. Pau. ad Philip.

(5) Act., c. II, v. 32 et 13 33.

(6) Joan, c. XX, v. 27, 28 y 29.

por su propia virtud, sube á los cielos. Grandes y blancas nubes pone debajo de sus piés, y vuelve á su Padre, y nuestro Padre, vuelve á su Dios, y nuestro Dios (1) llevándole las primicias de nuestra carne. Rey soberano, al regresar al cielo va cortejado de su nobilísima servidumbre. Vencedor inmortal, sube acompañado de su gloriosa esclavitud (2); no la lleva adelante, tirando el carro de sus triunfos, sino que ella, ella misma, nuestra propia naturaleza, es la carroza que lo conduce (3). Sacerdote Eterno, Pontífice Santo, levanta consigo la víctima que ha ofrecido sobre el Calvario con las llagas vivas abiertas todavía, y no por otra sangre como los sacerdotes del otro testamento; no por la sangre de los becerros ni de los corderillos, con que ellos penetraban en el santuario, sino por su propia sangre entró una vez y para siempre en el *Sancita Sanctorum* de su Padre, encontrando la eterna Redención (4).

Cordero divino, inmaculada Víctima del amor, se presentó en pié y como muerto ante el trono de la Majestad, y el Padre le reconoció como á su hijo, y lo sentó á su derecha (5), y le decretó honor y gloria inmortal, y puso á sus enemigos por escabel de sus piés (6); los miles y millares de ángeles que rodean el trono del Altísimo, cayeron sobre sus frentes en su presencia y (7) todos decían en alta voz: Digno es el Cordero que fué muerto de recibir virtud y divinidad, y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y bendición; y los veinticuatro ancianos de ropas blancas que llevaban sobre su cabeza coronas de oro, se levantaron de sus sillas y se postraron delante del cordero con arpas de oro en sus manos y copas de oro llenas de perfumes (8), y cantaban un cántico nuevo, di-

(1) Joan, c. XX, v. 17.

(2) Pa. 67, v. 29, et Div. Pau. ad Efes., 4, 8.

(3) S. Ambros. Sermón 61. De Fest. Pentecost.

(4) S. Pau. ad Heb., c. IX, v. 12, et Div. Thom. in Expos. huj. Epis.

(5) Id. id. id. id. c. I, v. 5. Pa. 109, v. 1.

(6) Id. " " " " " " " "

(7) Apoc. S. Joan, c. V, v. 6. " " "

(8) Id. id. c. IV, v. 8.

ciendo: "Digno eres, Señor, de toda alabanza, porque fuiste muerto y nos has redimido con tu sangre (1); y una grande multitud que nadie puede contar de todas naciones y tribus, y pueblos y lenguas, se presentan en pié ante el trono, y delante del Cordero, cubiertos de vestiduras blancas y palmas en sus manos, y clamaban en alta voz, diciendo: gloria á nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero (2); y todos los ángeles dijeron: "Gloria" y todo el cielo sin cesar clamaba diciendo: "gloria, gloria." Y la gloria del Cordero eclipsó la gloria de los cielos, y de su alabanza llena está toda la tierra. *Operuit celos gloria ejus: et laudis ejus plena est terra* (3).

Y diez siglos y ocho siglos han pasado ya, y todas las generaciones que se han sucedido y todos los pueblos que se mueven sobre la superficie del globo, han admirado la gloria de Nuestro Señor Jesucristo, y se han puesto bajo la égida de su Cruz; porque la cruz, que fué el patíbulo de su ignominia, fué después el signo inmortal de su gloria. Por esta razón la Santa Cruz, de entonces hasta ahora, santifica la frente y el corazón del cristiano; consagra el pecho del guerrero; ennoblece las armas del combatiente; ilustra la cátedra de los sábios y resplandece sobre la corona de los reyes, sobre el palacio de los grandes, sobre el trono de los césares; pues que además de ser el emblema de la verdadera gloria, también es el de la paz y de la justicia, de la luz y de la gracia, de la libertad y del heroísmo; en una palabra, es el emblema del amor.

¡Oh, con cuánta justicia todos los santos han amado la Cruz del Nuestro Señor Jesucristo, y todos ardentemente han deseado exhalar en ella el último suspiro!

¡Oh Jesús mio! decía el seráfico Doctor San Buenaventura, yo no quiero vivir sin mortificaciones ni padeci-

(1) Apoc., S. Joan, c. IV, v. 10.

(2) id., id., c. VII, v. 10.

(3) Habac., c. III, v. 3.

mientos, pues te veo tan vulnerado; yo no quiero morir sin cruz, cuando veo que tú por mí bien has muerto crucificado. Y el egregio mexicano, el atleta esforzado de la fe, nuestro ínclito protomártir Felipe de Jesús (1), manifestando la grandeza de su alma, al llegar rebotando de alegría al campo triunfal, se arrodilla al pie de la cruz que estaba preparada para su martirio, y derramando ardientes lágrimas, la saluda diciendo: "¡Oh cruz, oh nave afortunada, oh bajel feliz de Felipe que te ofrecés á mi para llevarme sin escollo y sin peligro hasta el puerto de la eterna bienaventuranza!" Y ¿qué os diré del glorioso San Andrés, llamado el apóstol de la Cruz? Al descubrirla desde lejos, levantada en el lugar del martirio, prorrumpe con ardiente entusiasmo: "¡Oh cruz admirable, oh cruz desiderable, oh cruz resplandeciente en el universo mundo, recibe, pues, al discípulo en los mismos brazos en que sostuviste al Maestro y El que quiso por tí redimirme, hoy tambien por tí se digne recibirme en el cielo (2)." Lejos, muy lejos de mí el gloriarne en otra cosa que en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, decía el apóstol San Pablo (3), y éste ha sido y es el espíritu de todos los santos, y éste es y ha sido siempre el espíritu de la Iglesia nuestra Madre, que cuando recuerda la pasión y muerte del Salvador, saluda á la santa Cruz como á su única esperanza. *Oh cruz ave spes unica* (4).

Si, ella es nuestra única esperanza, escala prodigiosa que desde la tierra nos conduce al cielo; árbol divino más alto, que los cedros gigantes que coronan las cumbres del Líbano; bajo su sombra bienhechora viven los pueblos tranquilos y felices; arma invencible de nuestros combates con la que siempre triunfarémos de nuestros enemigos visibles é invisibles, con la que por la gracia y virtud de Jesucristo conquistarémos la gloria. *In hoc signo vinces.*

(1) Sant. Eec. in off huj Fest.

(2) Id., id., id., id.

(3) S. Pau. ad Gal., c. VI, v. 14.

(4) Sant. Eec. him Vexil.

Arrodillémonos, pues, ante la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo y tributemos nuestras alabanzas á esa Imágen sacratísima, hoy objeto digno de nuestra humilde y ferviente adoracion; no porque en ella esté oculta alguna virtud ó divinidad que exija nuestros cultos, sino porque los honores que se le exhiben, nuestra fe y nuestra piedad los refieren al divino Prototipo que ella nos representa (1).

En verdad, carísimos hermanos, vuestra fe y vuestra piedad refieren á Jesucristo el honor que hoy ofrecéis á la veneranda imágen del Señor del Encino; mas aquí, permitidme que os pregunte: ¿os prometéis que vuestros votos y plegarias serán aceptos en la presencia del Altísimo? Vuestra fe tan sin accion y casi muerta, y vuestra piedad tan resfriada y tan endeble, ¿podrán levantarse y llevar hasta el cielo vuestros homenajes? ¿No seréis vosotros como aquel pueblo de quien se quejaba el Señor por uno de sus profetas, diciendo: "Este pueblo me honra con los lábios, mas su corazón está lejos de mí?" (2) ¿Qué os dice vuestra conciencia? ¿qué testimonio ofrecéis de ser verdaderos discípulos del Señor, para que podáis dignamente honrar hoy su Cruz, y su pasión, y su muerte? ¡Ah! Volved una mirada sobre los años pasados de vuestra vida, y, ¿qué podréis encontrar más opuesto que vuestras acciones al espíritu del cristianismo? Cada uno de vuestros días ha sido oscurecido con la niebla impura de la culpa, y cada uno marcado con nuevas y más graves infracciones de la Ley divina, que hoy deben cubrir vuestro rostro de confusion y de vergüenza. Os llamais cristianos, pero llevais este título tan glorioso solo para denigrarlo y profanarlo: cobardes, aun no habeis roto las duras y pesadas cadenas con que el demonio os tiene esclavizados, ni habeis dado un solo paso en el camino que Jesucristo os señaló con su sangre, y huyendo siem-

(1) Sacrosant. Triden. Sin. de Invec. Sant. Sess. 26.

(2) Isaia. c. XXIX, v. 13 et Mat. 15, 8.

pre de toda mortificacion por su amor, casi os es desconocido aun el nombre de penitencia. Vuestra conducta, no hay duda, más bien que de amigos, os puede acreditar de enemigos de Nuestro Señor Jesucristo; por consiguiente, no os pertenece la gloria del signo precioso de nuestra religion augusta, y cuando en tan grande solemnidad debiais acercaros á esos altares, vuestros pecados os retiran muy léjos de ellos, como indignos de ofrecer á un Dios Crucificado vuestros incienso y adoraciones.

Esa es la verdad que debemos confesar penetrados íntimamente de dolor, y regando con amargas lágrimas el sagrado pavimento. Mas ¡oh Dios mio! ¿qué puede aparecer limpio delante de tus ojos? ¿quién es digno de presentarse á tu Majestad? ¿qué somos delante de tí.....? Tú, cuya mirada penetra lo más escondido de nuestras entrañas (1); Tú, que desenvuelves hasta los secretos más íntimos del corazón; Tú, mejor que nosotros conoces, nuestro figmento (2), que no somos más que polvo. Pero felizmente, cuanto más grande es nuestra miseria, tanto más vehemente resplandecerá sobre nosotros tu inmensa misericordia. ¡Compadécete, pues, de nosotros! y ya que somos tan dignos de que nos escuches y atiendas, y de que aceptes nuestros humildes obsequios, escucha los fervientes ruegos de nuestro insigne Pontífice, que envueltos en las nubes del incienso, suben hasta el trono de tus bondades; él te presenta los gemidos de nuestra alma arrepen-tida, el llanto de nuestro ojos, nuestras humildes súplicas; él, en fin, te ofrece nuestro pobre corazón.....

Amable pastor, cuya sola presencia venerable dá tanto brillo á la presente solemnidad, ya que por una felicidad inesperada os encontrais en medio de vuestros hijos, dejad vuestro sôlio, y cual otro Moysés, subid al monte santo, al collado de mirra y del incienso, al monte del amor. Muy de cerca podéis vos hablar con el Señor, y consultar el remedio más pronto y oportuno de todas nuestras

(1) Jerem., c. XVII, v. 10, et Apoc. II, 23.

(2) Ps. 102, 14.

necesidades. Decidle que conserve la fe divina en nuestro pueblo; que nos haga cada dia más observantes de la religion de nuestros padres; que se replieguen al abismo las sombras del error y de la herejía; que dé nuevos y más gloriosos triunfos á su Iglesia y que haga que la tempestad que el pecado ha levantado sobre vuestras cabezas, desecha en copiosa lluvia, riegue vuestras cabezas, desecha en fin, que anticipe sus misericordias, que nos defienda de tantos peligros cuantos por todas partes nos rodean. Ponednos desde ahora y para siempre bajo la sombra protectora de la Cruz; aplicadnos los méritos infinitos de la pasion y muerte de nuestro Redentor; lavad las ropas de nuestra alma en la sangre de Ese Cordero Divino; escondednos de nuestros enemigos en esas llagas sacratísimas, y toda nuestra vida, hasta su último terrible instante, resedvadla en la preciosa herida de su costado.

— ¡Oh Jesus mio, muerto en la Cruz por mi amor! yo sé firmemente que vives tú, y vivirás, en los lábios de todas las gentes, en la historia de los siglos, en el corazón de tu dulce esposa la Iglesia Santa, y en perpétuas eternidades á la diestra de Dios tu Padre. Vivirás, vives; y en el último dia de los tiempos; en el dia grande y amarguísimo, en el dia de manifiesta lumbre, conmostrarás los cielos y la tierra, y en las alturas aparecerá resplandeciente tu Santa Cruz, el signo del Hijo del Hombre, el signo de tu amor, el signo de tu Majestad, el signo de tu gloria. Descenderás sobre las nubes del cielo, y nosotros en las alas de los vientos volaremos á tu encuentro (1), vendrás á juzgar á los vivos y á los muertos; ¡ay entonces de los pecadores! ¿dónde, entonces, podrán aparecer á tus ojos los impíos? (2) Estallará súbitamente, y encendida brillará tu justicia como el relámpago que nace en el Oriente y muere en el Ocaso (3); Y nosotros te hemos de ver en

(1) Div. Pau. ad Tess., c. IV, v. 16.

(2) Epis. Div. Petr. 1.º 4, 18.

(3) Matt. XXIV, 27.

nuestra propia carne (1), ¡oh viva esperanza! y estos nuestros mismos ojos han de contemplar tu hermosura. Tus manos llagadas, tus pies heridos, y tu costado abierto, arrojarán centellas abrasadoras sobre los proscritos; y á nosotros nos pondrás á tu derecha, llamándonos benditos de tu Padre. Y, ¡oh felicidad! subiremos contigo á las alturas, y contigo ¡Dios mio! entraremos victoriosos en el cielo; en el reino que nos preparastes desde el principio del mundo (2); en el reino que nos conquistastes con tu sangre, y allí reinaremos contigo, flotando en los océanos infinitos de tu amor, y bendiciendo, sin descanso, tu misericordia.

HABE SPES REPOSITA EST IN SINU MEO.

(1) Job, XIX, 25.

(2) S. Matt., c. XXVI, v. 29.

SERMON

DE

LA CRUCIFIXION DEL SEÑOR

PREDICADO EN LEON

POR EL

SR. PBRO. D. RAMON VALLE.

Elevabitur super colles et fluent ad eum omnes gentes.

Y se elevará sobre los collados y correrán á él todas las gentes.

Isaí, II, 2.

Debiera bastar, católicos, que el sacerdote en este día reuniera á su alrededor al pueblo fiel y que extendiera la mano, y señalando á Jesus crucificado, dijera una sola palabra: Mirad y aprended: *Fao secundum exemplar*.

¿Qué cuadro y qué lección! El que quiere es Dios mismo, lo que enseña es la cruz, y nuestras almas lo contemplan, no á la luz del sol material, sino con la lumbre de la fe impresa en ella desde el solemne momento del bautismo.

¿Qué palabra pudiera ser bastante para expresar lo que en todo esto se contiene? Ideas celestes que viven en la tierra como con su propia vida; sentimientos sobrena-